

## CAPÍTULO III

### LA REPÚBLICA CONQUISTADORA

§ I.—La ambición de la república y la ambición de la coalición.

N.º 1.—La república.

En su primer impulso, la república francesa quiso republicanizar la Europa. Se hacía una ilusión al creer que los pueblos no esperaban más que una señal para derribar los tronos. La Europa no estaba tan madura para una revolución tan radical, ni aun la Francia misma. Lo que sucedió en Bélgica iluminó á la Convención nacional. Habían creído que los belgas se precipitarían á votar su unión á la Francia republicana, y encontraron un pueblo subyugado por la superstición y que no comprendía ni aun los beneficios de una revolución hecha en nombre del pensamiento libre. ¿Para qué servía, pues, la guerra de propaganda? La república se enajenaba la Europa, á la que declaraba una guerra á muerte, y no se conciliaba con las naciones. Esto era hacer la paz imposible, y por consecuencia, comprometer la existencia misma de la libertad en Francia.

Los girondinos, inspirados por el instinto revolucionario, habían excitado á la guerra contra la

Europa monárquica. La Montaña no fué nunca favorable á ello. Después de la caída de la Gironda, la Montaña renunció á la política aventurera de sus adversarios. Robespierre, aun insultando á los reyes, declaró que era de la incumbencia de los pueblos el librarse de ellos. En una respuesta á los manifiestos de los reyes coligados contra la república, se lee: "El mundo pertenecía á dos ó tres razas de tiranos, como los desiertos del África á los tigres y á las serpientes; le hemos restituido al género humano. Pueblos, si no tenéis la fuerza de recobrar vuestra libertad, si no os es dado hacer valer los títulos que os hemos devuelto, guardaos al menos de violar nuestros derechos ó de calumniar nuestro valor. Los Franceses no están atacados de la manía de hacer feliz y libre á una nación contra su voluntad," (1).

Los representantes del pueblo francés anunciaron esta nueva política en una proclama á los Genuenses. Se lee en ella que los Franceses republicanos respetan los derechos de todas las naciones,

(1) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. xxx, p. 317.

sus leyes, sus costumbres, sus opiniones: "Desean que los pueblos sean felices, pero no ordenan de ninguna manera la felicidad. Han adoptado un gobierno cuyas bases son la igualdad y la libertad; entre ellos, únicamente el talento y la virtud gozan de estimación... La nación francesa castiga los crímenes y recompensa todas las virtudes por las mismas leyes aplicables á todos los ciudadanos. Su territorio es el límite de su revolución y de la ejecución de sus leyes," (1). Se ve que aun cuando renunciaba á la guerra de propaganda, la Francia republicana no renunciaba á la ambición de propagar sus principios. Pero no se servía más de la violencia; esperaba que la libertad, practicada en el seno de una gran nación, convertiría á los pueblos por la fuerza de la verdad.

La propaganda armada conducía necesariamente á una guerra de conquista. Al declarar á la Europa que no creía imponerla la libertad, la Convención declaraba por lo mismo que no estaba animada de la ambición del conquistador. Se lee en un informe hecho por Billaud-Varennes en nombre del comité de salud pública: "La experiencia de los siglos nos ha probado suficientemente que un pueblo guerrero prepara para sí mismo el yugo que impone á las otras naciones. La sed de conquistas abre el alma á la fiereza, á la ambición, á la avaricia, á la injusticia, á la ferocidad, pasiones que tarde ó temprano transforman un pequeño número en dominadores y el resto en esclavos. No queremos fijar la victoria más que para asegurar la república. Si la sangre corre aún, al menos servirá por la primera vez para sellar para siempre los derechos de la humanidad," (2).

Había una idea política en el nuevo sistema proclamado por la Convención. Los enemigos de la república decían que la paz con la Francia revolucionaria era imposible, porque estaba determinada á no tratar jamás con ninguna nación que no se hubiese constituido probablemente en república. Tal era la acusación repetida en todos los manifiestos y reproducida en todos los discursos. El comité de salud pública, por medio de Merlin, protesta contra estas calumnias. Era después de la caída de Robespierre. La república, vuelta á un régimen más moderado, tendía á reconciliarse con la

Europa. Se quería hacer del partido vencido el chivo emisario de las locuras y de los excesos de la Revolución. Merlin proclama que si el proyecto insensato de trastornar el mundo había existido, no había tenido más que un crédito efímero, y que ahora había caído con los que habían perecido bajo la espada de la ley. La república victoriosa se desbordaba sobre la Europa. "Nuestros triunfos y nuestros principios, continúa Merlin, nos permiten á la vez el querer y el decir lo que queremos. Nuestra justicia será siempre inseparable de nuestra gloria. Si, queremos la paz, pero la queremos garantizada por nuestra propia fuerza y por la imposibilidad de hacernos daño en que nuestros enemigos estarán para siempre," (1).

Hay una reserva en este manifiesto, una segunda idea de engrandecimiento. Merlin dice, en verdad, que la república quiere la paz, y que no exige republicanizar la Europa monárquica; pero ya no dice más, como se decía en el 93, que no quiere conquista. Detengámonos un instante en este cambio de la política republicana. Cuando los hombres del pasado acusan á la Revolución de haber trastornado la Europa, se dirigen sobre todo contra Robespierre y los de la Montaña. Sin embargo, es cierto que la Montaña no quería la guerra; es cierto que se hubiera contentado con la libertad, tal como la comprendía, sin querer imponerla á los pueblos extranjeros. La Francia no fué conquistadora sino cuando dejó de ser la Montaña. Aún más: mientras que la Convención declaraba á la Europa que no haría más propaganda, sus ejércitos llevaban la república por todos lados. Es decir, que la propaganda estaba en la fuerza de las cosas. La misión de la Revolución dominaba los intereses y las pasiones de los partidos.

La víspera de su separación, la Convención, por medio de Boissy d'Anglas, hizo conocer á la Europa cuál sería la política del régimen que la constitución del año III iba á inaugurar: "No estamos ya gobernados por incendiarios y vándalos. No tenemos ya la desastrosa pretensión de querer apostolizar en política y propagar en legislación. Tratamos sinceramente con todos los gobiernos que quieran la paz; los respetamos todos, cualquiera que sea su forma. Tan dispuestos estamos á no sufrir que se mezclen en el nuestro, como alejados

(1) *Moniteur* du 27 germinal, an II.

(2) *Moniteur* du 2 floréal, an II.

(1) *Moniteur* du 17 frimaire, an III.



de mezclarnos en los de los demás pueblos. Queremos vivir libres bajo el imperio de las leyes y en buena armonía con los que no pretendan incomodarnos en esta libertad... Preferimos nuestra forma de gobierno, porque la creemos superior á cualquiera otra; respetamos las que conservan los otros pueblos, y haremos votos porque les hagan felices,, (1). Esta nueva política, ¿era un nuevo error? No, dice Boissy d'Anglas, es la expresión de los hechos: "La república había conquistado la Holanda y le había devuelto la libertad. La república ha hecho la paz con la España, restituyendo nuestras conquistas. Juzgad de nuestra conducta, exclama el orador, si se nos debe atribuir un espíritu insensato de conquistas, ó si se puede contar sólidamente con nuestra rectitud y nuestra moderación.,"

## II

Hay una sombra en este cuadro de la política republicana. Boissy d'Anglas añade que la república había hecho la paz con Prusia contentándose con su neutralidad. La verdad es que este tratado fué el primer paso hacia la cesión de las provincias renanas. Volveremos á tratar sobre la ambición de las fronteras naturales. ¡Feliz la Francia si se hubiese contentado con los límites que la naturaleza había marcado y que más de una vez le reconoció la Europa! No puede decirse que la frontera del Rin sea una idea revolucionaria; data de la monarquía. Richelieu y Luis XIV, Luis XV, el más miserable de todos los reyes, avanzaron los límites de la monarquía, acercándose sin tregua á este objeto, que acabó por llegar á ser una pasión popular. Hagamos constar por el momento, en honor de la Revolución, que antes del advenimiento de Bonaparte no acarició nunca proyecto de conquista. Las declaraciones, las protestaciones pacíficas abundan; en medio de la tormenta revolucionaria, el espíritu del 89 sobrevive: ¡libertad y paz! Tal es la divisa de la república.

En la sesión del 28 ventoso, año III, el presidente de la Convención anunció la llegada del ministro plenipotenciario del gran duque de Toscana. Era un suceso de consideración. El gran duque fué

(1) *Moniteur* du 12 fructidor, an III.

el primero que osó reconocer la república francesa; quizá las victorias del ejército republicano contribuyeron á darle este valor. Introducido en el seno de la Asamblea el embajador italiano, hizo votos porque esta primera paz fuese el augurio de tratados más importantes que devolviesen el reposo á la Europa. El presidente respondió que el pueblo francés no había tomado las armas más que para defender su libertad atacada por una gran coalición: "*Su independencia era la única conquista á que aspiraba. Ser libre, tal era su voluntad; respetar el gobierno de sus vecinos, tales son sus principios.* No está embriagado por su éxito, pero no dejará perder el fruto; no será estéril para la humanidad. Le estima tanto más cuanto que él será precursor y garante de la paz de Europa y de la felicidad de todos los pueblos... *Los hombres no han nacido para desgarrarse entre sí, sino para amarse y trabajar juntos, y por un cambio de servicios hacerse felices.* Al pueblo francés pertenece el expresar este voto en medio de sus victorias. ¡Sus brazos quedarán armados para la guerra, abiertos para los que se presenten con el ramo de oliva!, (1).

El gobierno directorial es uno de los peor reputados de la Revolución: Violento y débil al mismo tiempo, no respetó ni la constitución ni la independencia de las naciones extranjeras. Sus golpes de Estado y sus violencias prepararon el régimen del imperio. Sin embargo, cosa notable, el lenguaje del Directorio es siempre el del 89, la libertad y la paz. Es cierto que sus actos están en oposición de sus palabras; pero poco importa. Si las contradicciones condenan á los hombres, atestiguan en favor de las ideas del 89; su poder es tal, que aun aquellos mismos que son indignos de ser sus órganos están obligados á profesarlas. Vamos á indicar algunos rasgos tomados de los discursos oficiales de los directores.

El 1.º ventoso, año V, el Directorio recibió en audiencia solemne las banderas que el ejército de Italia había tomado á los enemigos de la república. "Tanto talento, decía el ministro de la guerra, tanta intrepidez produjeron al fin un triunfo más caro para la humanidad. La paz es la última conquista que sea digna de nuestros bravos guerreros., El presidente del Directorio respondió: "Queremos también la paz; es el objeto de nuestras más

(1) *Moniteur* du 1.º germinal, an III.

vivas y constantes solicitudes. Tanta sangre pura no había sido derramada inútilmente. Si la Francia desea la paz, desea también la libertad y el mantenimiento de las instituciones republicanas,, (1).

El 1.º vendimiario, año VI, el Directorio dirigió una proclama á la nación llamándola á las armas. Aun deseando la guerra, puesto que únicamente por las victorias de los ejércitos republicanos se sostenía, el gobierno declamó violentamente contra la guerra: "¡Ah! si la guerra es una calamidad detestable, cuyos horrores recaen sobre los provocadores; si la humanidad se levanta contra los que derraman la sangre, saquean las ciudades y arruinan las provincias sin necesidad alguna; si los que acarician los furroses de la guerra sin razón, sin pretexto, son monstruos feroces, indignos del nombre de hombres y enemigos del género humano, vosotros, que os veis obligados á combatir desde hace seis años por vuestra independencia, vosotros no tenéis que temer estas imprecaciones, estos anatemas legítimos que la naturaleza y la justicia dirigen á vuestros enemigos,, (2).

El 10 ventoso, año VI, hubo de nuevo una remesa de banderas. Eran como los triunfos de la república francesa; pero aunque imitó al pueblo rey hasta en los trajes, el Directorio no pensaba que se confundiesen las victorias de sus ejércitos con las conquistas de las legiones romanas. Oigamos á Merlin, hablando en nombre del Directorio: "Hoy es el verdadero día del triunfo que el agradecimiento público concede á los vencedores de la Europa. Pero si esta idea nos recuerda los hábitos de un pueblo célebre eternamente, ¡cuánto más conmovedor y más augusto en su sencillez aparecerá el espectáculo que ofrecéis, y cuánto mejor será apreciada la sublimidad de los principios que la república francesa ha proclamado tan á menudo! ¡Lejos de nosotros esos triunfos en los que soberbios vencedores arrastraban tras sus carrozas naciones conquistadas, mostraban con ostentación sus despojos y no sabían más que insultar á la desgracia! La Revolución francesa ha vencido por la humanidad. Los trofeos de sus guerreros son la imagen de la libertad reconquistada; los despojos que ellos tienen á gloria enseñar son las cadenas

de que han librado manos cautivas; los monumentos con que se honran son la paz, la prosperidad de los pueblos restablecidos en sus derechos eternos,, (1).

Estas son las doctrinas del 89 y sus generosas aspiraciones. La revolución acabó por ser conquistadora. Pero ¿fué conquistadora por amor á la conquista? Hay un abismo entre el genio de la Revolución y las empresas del soldado feliz que fué su heredero. La república protestó siempre que no reclamaba sino la independencia de la Francia y la paz. Si se desbordó sobre la Europa, decían los republicanos, la culpa fué de la coalición. "Debió atacar para defenderse, dijo un revolucionario famoso; tuvo que conquistar para preservarse, ser terrible para asegurar su existencia...". Los catorce ejércitos de la Francia republicana no fueron organizados para conquistar la Europa, sino para defender el suelo de la Francia y la libertad de los ciudadanos (2).

El ardor de la propaganda republicana llevó los ejércitos de la Revolución más allá de los límites donde las necesidades de la defensa hubieran debido pararles. Esta pasión tiene más del misionero que del conquistador. En vano la república declaró que renunciaba á la ambición quimérica de republicanizar la Europa; sus guerras pasaron por ser guerras de propaganda. En el momento mismo en que el espíritu republicano declinaba en Francia, la república victoriosa creaba repúblicas fieles. Si el Directorio hubiese tenido la fuerza del gobierno napoleónico, hubiera reemplazado en toda Europa las antiguas monarquías por gobiernos directoriales. Esto era violencia, es cierto, como toda guerra y toda conquista. Pero ¡qué distancia entre las conquistas de la república y la política de engrandecimiento de la coalición! La ambición de la Francia fué grande como su misión, hasta tanto que miserables intereses de dinastía empujaron sus generosas aspiraciones. Tal era el poder del genio revolucionario, que las guerras y las aspiraciones más criminales de Napoleón conservaron aun un carácter civilizador. Si el gran ejército no esparció ninguna libertad, preparó al menos á los pueblos, demoliendo en todas partes el régimen feudal.

(1) *Moniteur* du 2 ventose, an V.(2) *Moniteur* du 2 vendémiaire, an VI.(1) *Moniteur* du 12 ventose, an III.(2) BARÈRE, *Mémoires*, t. I, p. 100.



## N.º 2.—La coalición.

## I

Hemos dicho cuáles eran los proyectos de la coalición cuando tomó las armas en defensa del trono y del altar. La Prusia se retiró la primera de la lucha. ¿Por qué se decidió á tratar con una república regicida? Su ambición estaba satisfecha por el momento con el engrandecimiento que había obtenido en Polonia. En verdad, estaba amenazada de perder algunos millares de almas á la orilla izquierda del Rhin; pero contaba indemnizarse en la orilla derecha á costa de los principales eclesiásticos. ¡De este modo, el campeón de la monarquía reconocía una república que había vertido la sangre de un rey; le abandonaba la orilla izquierda del Rhin, y despojaba á la Iglesia en la persona de los abates seculares cuyas posesiones codiciaba! Hagamos constar los hechos: no los hay más vergonzosos para la vieja monarquía.

Se lee en las estipulaciones secretas del tratado de Basilea: "Si en la pacificación general entre el imperio de Alemania y la Francia, queda perteneciendo á esta última, en virtud del tratado de intervención, la posesión absoluta de la orilla izquierda del Rhin, S. M. el rey de Prusia y la república francesa convendrán entre ellos el cambio de las provincias prusianas situadas en la orilla izquierda de este río contra otros territorios equivalentes. En este caso, el rey aceptará la garantía que le ofrezca la república por las indemnizaciones concedidas." ¿Cuáles eran estos territorios equivalentes? Los principados eclesiásticos. ¿Y con qué derecho un príncipe del imperio despojaba á otros príncipes del imperio? ¿Por qué aceptaba la garantía de la república francesa, cuando ésta no tenía ni una sombra de derecho á los Estados eclesiásticos? El derecho era el del más fuerte, y nunca violencia alguna fué más odiosa, puesto que se ejercía sin ton ni son en perjuicio de príncipes que no podían ni soñar en defenderse. Un escritor, enemigo encarnizado de la Revolución y defensor en regla de la política prusiana, dijo que el rey de Prusia, tanto por sus intereses particulares como por los de su propia religión, era naturalmente poco favorable á los príncipes eclesiásticos, y que

sentía el favorecer las secularizaciones, (1). ¡Esta es la moral de los que acusan á la Revolución de haber trastornado el orden moral! ¿No había en Alemania un tratado llamado de Westfalia? ¿No garantizaba este tratado las posesiones de los príncipes eclesiásticos tan bien como las del elector de Brandeburgo? Además, el rey de Prusia ¿era un digno campeón del protestantismo? Inútil es añadir una palabra sobre este asunto; es el interés, fué la codicia, que no respeta ningún derecho; fué la ambición vulgar de redondearse, aun á costa de su misma patria, lo que inspiraba á este pretendido defensor de la religión.

El tratado de Basilea velaba el abandono de la orilla izquierda del Rhin á la república francesa bajo las formas de una estipulación condicional. Un año después de la firma del primer tratado, el rey de Prusia hizo otro nuevo. Esta nueva convención arroja la máscara; el abandono de los intereses más queridos de la Alemania y la fuerza brutal se daban la mano, como dignas hermanas que son. El rey consiente que la república adquiera la orilla izquierda del Rhin; se indemniza ampliamente sobre la orilla derecha á costa del obispado de Münster. ¡Un obispo secularizado! ¡Qué excelente negocio para la Reforma! Esto no basta para el celo protestante del rey de Prusia. Tiene su hermano político, el príncipe de Orange, á quien colocar. Este es también un celoso calvinista. Arrojado de su patria por el ejército francés, lo menos que puede hacerse por él es cederle uno ó dos obispados (2). ¡De este modo el imperio de Alemania es desmembrado, desgarrado por indemnizar á un estatuder de Holanda! ¿Qué tenían que ver con un príncipe holandés los obispos de Bamberg y de Würzburg? ¡La Alemania se veía saqueada, y eran príncipes alemanes quienes la despojaban!

Los más avaros en esta merienda eran las dos potencias que se disputaban la supremacía de la Alemania. Se imputa, y no sin razón, á la Prusia como un crimen el tratado de Basilea. La convención de 1796 es más desvergonzada aún: la Prusia no se contenta con el obispado de Münster y el señorío de Recklingshausen: "Su Majestad prusiana se reserva además el añadir lo que pudiera ser de

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. 1, página 281.

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. 1, página 337.

su conveniencia para completar su indemnización. Y ¿cómo se hará esta nueva usurpación? ¿Es al menos con el consentimiento del imperio? Nada de eso. El imperio no figura en la convención más que como materia divisible. La república y la Prusia se entenderán *amigablemente sobre esta indemnización*. ¡Amistad conmovedora, sobre todo por parte de la Prusia, que hacía el papel de campeón desinteresado de la monarquía y del orden moral!

Pronto se abrió el congreso de Rastatt. Lo que en él pasó es el oprobio eterno de los príncipes de Alemania. La Prusia se distinguió por una especie de franqueza cínica; no tenía ni pudor ni vergüenza. Hallamos en las *Mémoires d'un homme d'Etat* una pieza diplomática que basta ante el tribunal de la historia para aplicar el hierro candente al rey que la firmó. S. M. prusiana recuerda en ella que, "de común acuerdo con la república, ha tomado el principio de secularización como *absolutamente indispensable* para indemnizar á los príncipes que pudieran perder en la pacificación." Esta pacificación era la cesión á la Francia de la orilla izquierda del Rhin. "El gobierno francés, continúa el rey de Prusia, me comunica que la corte imperial acepta este principio." Esto deja al rey enteramente tranquilo, y no vacila en declarar de nuevo que "este es el único medio de hacer cesar tan prontamente como es posible los males de la guerra, bajo los que Alemania gime hace tanto tiempo." La historia aplaude esta tierna solicitud de S. M. prusiana. No tiene más que un sentimiento, el de que S. M. no haya tenido en cuenta estos males de la guerra cuando se puso á la cabeza de la coalición contra la Revolución. El principio no basta, hay que ponerle en ejecución. Para esto el rey de Prusia hace llamamiento á la *confianza* y á la *franqueza* recíprocas que deben presidir en el *concierto íntimo* de las tres grandes potencias: el rey promete llevar estas disposiciones *al más alto grado*. ¿No se diría que se trata de una obra heroica para la que sería menester el genio de Federico II? El sucesor indigno del gran rey le imitaba, es cierto; pero Federico al menos había dividido un país enemigo, la Polonia, mientras que la Prusia entraba en un concierto íntimo con el antiguo enemigo del imperio para dividir la Alemania.

Quedaba una pequeña dificultad. El emperador tenía algún escrúpulo en proponer á la Dieta el sistema de secularización, y vamos á ver que tenía ra-

zones para ello. Temía, dice la declaración prusiana, comprometer su carácter imperial. El rey de Prusia, siempre generoso, dice que contribuirá voluntariamente á evitar esta molestia á su hermano de Austria. Nada más fácil. Las tres potencias harán una declaración común; esto será testimonio de la unión que reina entre ellas y de su resolución de proseguir con vigor la obra de la paz (1). ¡Qué heroísmo! ¡No hablamos del patriotismo! ¡Pues y la moral de la que el rey de Prusia era defensor con título! El emperador se hubiera creído deshonrado si hubiese tomado la iniciativa de la secularización. Pero ejecuta esta iniquidad de común acuerdo con la Prusia y la república, y su conciencia queda tranquila. El bandolerismo, proclamado como principio por un solo ladrón, hubiera sido un escándalo. Pero que tres ladrones se concierten: ¡el crimen se convertirá en virtud!

## II

*El hombre de Estado*, que fué quien primero publicó el texto de la Convención de 1796, confiesa que excitó sublevación general contra la Prusia cuando empezó á traslucirse. "Aquí tenemos á la Prusia, se decía, únicamente ocupada en mirar por sus intereses, y segura, á la conclusión de la paz, no solamente de ser indemnizada á costa de la Alemania con los países cedidos por ella á la Francia en la orilla izquierda del Rhin, sino también recompensada ampliamente por su desertión. ¿Se podía dudar de sus intenciones, según su modo de obrar? Por eso se echó á volar la idea de que el hermoso país de Sajonia era lo que faltaba á Prusia para redondearla," (2). *El hombre de Estado* no nos dice quiénes eran las malas lenguas que avanzaban tales discursos. Nadie más que los Austriacos podían ser. ¿Quién no sabe, en efecto, que el emperador fué un modelo de patriotismo en Campo-Formio y en el congreso de Rastatt?

Parece ser que no fué del agrado del emperador el proyecto de declaración que había sugerido el rey de Prusia, y encontró un medio más honrado de salvar su honor imperial, mintiendo y engañando á los que eran bastante cándidos para de-

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. 1, página 469.

(2) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. 1, página 32.